

1

El mensajero

Oyó que alguien hablaba en inglés. Por encima del murmullo de las advertencias de seguridad que se emitían por megafonía en diversas lenguas, y de los constantes bocinazos de los taxis, aquel acento inglés, la voz de alguien que parecía agobiado, irritado, y, sin embargo, lleno de aplomo, le produjo una súbita e inmensa sensación de confianza. Había alguien que hablaba inglés allí cerca. Localizó de dónde procedía la voz.

—No creo que eso sirva de nada. Hemos probado en las principales aerolíneas. Voy a llamar otra vez al consulado, insistiré. Allí dicen que del asunto debe ocuparse la policía.

Era alto, de hombros estrechos; llevaba un traje de lino que se le había arrugado en la parte baja de la espalda. Gastaba un sombrero de color crema que llevaba echado hacia la coronilla, lo cual le daba

un aire un tanto aparatoso, como si representara el papel de inspector colonial. Hacia él se inclinaba un árabe que vestía una camisa de un rosa chillón, con un bigotillo bien recortado; se le notaba ansioso, nervioso. ¿Era un empleado del aeropuerto? No, no iba convenientemente vestido. Llevaba unas sandalias cuyas correas le apretaban los dedos de los pies. ¿Un funcionario de aduanas vestido de paisano? Improbable. ¿Un guardia de seguridad? No llevaba uniforme, no iba armado. Había guardias de ronda por el aeropuerto con ropa de camuflaje, para pasar inadvertidos en el desierto, cada cual con su Kalashnikov al hombro. Tal vez fuese un empleado de una agencia de viajes, con sentimiento de culpa, que había perdido a una de las ovejas de su rebaño. En cuyo caso espero que le arme una bien gorda. El inglés se dio la vuelta y rozó la mano con que ella trataba de llamar la atención, la mano que había levantado para interceptar el codo del inglés. Ella dio un paso atrás, sobresaltada. Era un negro, un negro entrado en años, con un traje de lino blanco, el cabello crespo y canoso en las sienas.

—Oh, disculpe —murmuró, fingiendo que lo había tomado por otro.

—¿Puedo ayudarla en algo?

La voz con que hablaba el inglés no denotaba nerviosismo, y tampoco dejaba nada que desear su aplo-

mo, su urbanidad, su aparente dominio de la situación. Se había dado cuenta del gesto con que ella retrocedió; había reparado en su alarma. Supo leerla correctamente: ella había tenido miedo de él. Había creído que era blanco. La voz estaba teñida de ironía, y en su gesto, pues de hecho le acababa de hacer una reverencia, brillaba la finura y el desdén. Despedía la certidumbre excesiva de un auténtico *gentleman*.

—¿Se encuentra en apuros?

Para Elizabeth Webster fue demasiado. Las lágrimas anegaron su respuesta.

—He perdido mi avión. Bueno, dicen que he perdido mi avión. Salimos de Gatwick con demasiado retraso. Estaba previsto que me uniera aquí con mi grupo. El enlace con destino a Ouarzazate se ha marchado sin mí. Aquí no encuentro a nadie que tenga noticia de mi existencia.

Le salió como si fuera una declaración existencial. Los dos hombres la envolvían con un capote de cortesía y desvelo. El árabe comenzó a agitar las manos. El brillo de su camisa emitía lucecillas turbias.

—Qué mala suerte, la verdad. Estoy seguro de que algo se podrá hacer para remediarlo. Por favor, no se altere.

Buscó un pañuelo en la bolsa floreada donde llevaba sus cosas y sacó una botella pequeña, de plástico, de Evian, un sobrecito de aliño para ensalada y un bo-

lígrafo amarillo. Inexplicablemente, el árabe aceptó aquellas extrañas ofrendas sin el menor reparo.

—¿Tiene usted su plan de viaje? —el negro pareció hacerse cargo—. ¿O tal vez su billete?

Desamparada, y convencida por el hecho de que fuera inglés, Elizabeth Webster le hizo entrega de todos sus documentos vitales: los billetes, el pasaporte, el seguro, el permiso de conducir, las confirmaciones que había recibido por fax de la agencia de viajes —Aventuras Mágicas, se llamaba— un listado de medicamentos y alergias, certificados de vacunación y los consejos para el viaje del Ministerio de Exteriores, que se había bajado de Internet, entre los cuales se le indicaba que el norte de África era una región sumamente desaconsejable para pasar unas vacaciones. El negro, alto, los fue repasando por encima, tratando de identificar la aerolínea responsable de haber abandonado a una frágil señora de avanzada edad en un aeropuerto norteafricano. Tomó nota de su nombre, Elizabeth Webster, y de su fecha de nacimiento, el 2 de junio de 1933, así como de su domicilio, algún recóndito lugar en el medio rural, en cuya única tienda ni siquiera se vendería la prensa nacional y las verduras estarían caducadas desde hacía tiempo.

—¿Ha viajado con Royal Air Maroc?

Asintió.

—¿Y ahora tiene que cambiar de compañía? ¿O sigue con Royal Air Maroc?

Miró alrededor del vestíbulo de mármol de color arena, con una cúpula inmensa y una fuente de la que goteaba agua reciclada por unos cables brillantes. En el espacio resonaban los ecos de los occidentales que se apresuraban y de los muchachos nativos que trataban de llevárselos a los taxis. Ella se encontraba ya en la planta baja, fuera de la zona de seguridad.

—¿No son responsables los de Aventuras Mágicas? —inquirió el árabe de rosa.

—No, no lo son. Tienen que recibirla al otro lado. Ella no ha llegado aún.

El árabe le birló todos los documentos y se apoderó de los billetes de avión. Su camisa rosa parecía detestable. Elizabeth Webster descubrió que no le hacía ninguna gracia verlo aferrar sus papeles personales. ¡Ja! Había descifrado la hoja impresa adicional.

—Ha sido reacomodada. Está previsto que tome el avión de las seis. Vea. Aún no han llamado para embarcar. Iré a comprobarlo.

Y se alejó al trote hacia el mostrador, con su pasaporte y sus billetes. Tenía exceso de peso y las nalgas bamboleantes. Ella lo vio llevarse su identidad nacional y sus derechos vacacionales, pagados a muy alto precio, con un brote de alarma. Se acercó al inglés y le perdonó que fuera negro. Le pareció reposado, incluso protector.

—¿Nos sentamos?

En aquel preciso momento, dos mochileros dejaban libre una mesita junto al quiosco donde se vendía zumo de naranjas recién exprimidas. El negro le ofreció una silla, y ella colocó los bolsos entre los dos.

—¿Un zumo de naranja? ¿O mejor un café? —ella aún no había adquirido moneda extranjera, ya que el dirham era intransferible, por lo cual carecía de todo valor fuera de las fronteras del país. Él descartó sus objeciones.

—Aceptan euros. A una tasa de cambio exorbitante, eso sí —ella se encontró ante un vaso pequeño, de plástico, de zumo de naranja recién exprimido.

Se aventuró a iniciar una conversación.

—¿Está usted buscando a alguien? No pude evitar oírle...

—Sí —respondió él con sequedad—. Y no ha servido de nada. Hemos perdido el rastro.

Extendió un recorte de periódico sobre la mesa, junto a la bolsa floreada y el vaso de plástico. El titular decía «culpable de crimen pasional en libertad». Una fotografía con mucho grano, en la que aparecía una muchacha de la calle, con cara de tristeza y pelo rasta aparecía en medio del texto. Se había dado a la fuga. Huyó cuando estaba en libertad bajo fianza. Los tribunales de España. Miss Webster renunció a entender. ¿Qué les importaba a los tribunales españoles?

¿No eran de los que dejaban en libertad al culpable tras tres meses de prisión preventiva y una benévola reprimenda del juez por haber matado a una mujer pillada en adulterio? Entonces, ¿era ese hombre el padre de la muchacha, destrozado, desconsolado, a la caza del asesino pasional que se dio a la fuga? Tal vez el árabe de rosa trabajara como detective. Compuso una expresión de simpatía ante la tragedia y la reparó por su rostro. A cada cual sus penas. Aquella extraña cacería terminaba al desdibujarse en el periódico, sobre la mesa. Yo tengo mi propia tristeza. Esto no es asunto mío. Guardaron silencio, ansiosos, en medio de los atronadores anuncios de la megafonía en árabe, en inglés, en francés, en español. Cualquier equipaje que se deje sin atender será tratado como una amenaza para la seguridad y podrá ser retirado o destruido.

—¿Está usted de vacaciones? —el negro claramente estaba extrañado de que estuviera sola.

—El médico me dijo que me convenía un viaje, ir lejos —murmuró.

¿Lejos? ¿De qué? Ya no entendía nada. El negro del traje de lino blanco y arrugado hizo un gesto de asentimiento. Estaba desconcertado, le seguía la corriente como a los locos. Parecía una demente incluso a sus propios ojos.

—Verá, es que no me encontraba nada bien.

Él asintió. En efecto, ella tenía un malsano brillo amarillento, estaba preocupantemente delgada, llevaba la cabeza adornada con un extraño peinado de púas blancas, y la ladeaba y mecía como si tuviera un primer indicio de párkinson.

—Ah, es que ha estado enferma.

La voz y el hombre iban disolviéndose velozmente en la nada. Con sólo la voz, lograba transmitir su respeto y su desvelo. No tenía ella por qué entrar en detalles si no lo deseaba. Por otra parte, la voz daba a entender con claridad que ella podría haber sufrido una crisis nerviosa en toda regla en medio del abismo que los separaba a los dos. El negro poseía un diente de oro en el lado izquierdo de la boca, arriba. Despedía un leve ardor de seducción ahora que ella estaba muy cerca de él; emanaba un perfume interesante. ¿Qué podía ser? *Opium pour homme*. Ella escrutó la costura del bolsillo del traje. Estaba hecho a mano, a medida. No iba a abandonarla hasta que su situación estuviera resuelta. Le llevaría los bolsos. La frialdad de la pátina patricia propia de la clase media inglesa la embistió como la primera ola de un tifón. Pasado otro instante, se vendría abajo, se pondría a farfullar. Pestañeó. No, el caballero seguía allí al lado, escuchándola aún, sin cambiar de color. Era una especie de milagro.

—Sí, he estado muy enferma.

una dirección del elegante barrio de St. John's Wood avalaba su vanidad. Miss Webster cogió la tarjeta. Él inclinó la cabeza.

—Y ahora la escoltaremos hasta el avión.

Viéndolos caminar por la explanada del aeropuerto constató que el hombre negro apoyaba su mano en el hombro de su compañero. El hombre más joven alzó la mirada, confiado, cómodo. Vio sus insólitos colores, rosa, blanco, tocándose, fundiéndose al pegarse el uno al otro para atravesar la multitud. Parecían —y sonaban— como hombres de mundos radicalmente opuestos, pero su evidente intimidad sugería años de experiencias compartidas. Su conexión era palpable, inequívoca. Eran amigos.